

## LECHUZAS

Las ramas del árbol caían sobre las ventanas del balcón de la casa de Granaderos. La tormenta y su electricidad me ensordecían en aquella noche donde, junto a mi soledad, me había sentado sobre el desnivel que dividía los ambientes del segundo piso.

A un costado y en el lado más ancho, una biblioteca abarcaba toda la pared. Ocho metros a lo ancho y no sé cuántos de alto, de libros quietos, cara con espalda, custodiados por una colección de lechuzas obsesivamente dispuestas sobre los estantes por una distancia perturbadora y uniforme. Yo estaba ahí sólo por unos días, cuidaba la casa de mis amigos mientras ellos estaban de viaje el fin de semana.

Se habían dicho muchas cosas sobre esa propiedad que estaba en venta desde hacía años: que estaba lejos del centro, que era oscura, que como los muebles estaban incluidos aumentaban su valor, que producía rechazo porque las pertenencias de los dueños aún seguían allí. Los dueños de la casa eran los padres de mis amigos y habían muerto en un accidente. Algo de lo que se decía era cierto: su dormitorio se mantuvo intacto como esperando que vuelvan. La ropa colgada en el placard, los zapatos y las pantuflas sobresaliendo por debajo de la cama.

La tormenta era cada vez más fuerte, los truenos envolvían mis oídos, su eco me mareaba, me asustaba. El viento agitando las ramas del árbol asomaba por el balcón cada vez con más intensidad, como queriendo entrar al salón.

Yo seguía sentada en el desnivel, de espaldas a la ventana, escuchando música para distraerme mientras esperaba que pase la tormenta. Empecé a sentirme incómoda. La fila de lechuzas a mi lado me observaba.

Se cortó la luz seguido de un rayo que iluminó todo el segundo piso, seguido de un trueno que hizo temblar todo. Sentí que mi corazón se aceleraba aún más. Sonó el teléfono. Atendí. Nadie contestó. Y otro trueno y otro rayo y otro golpe del árbol en la ventana, y un gato negro sentado entre las lechuzas de la biblioteca, mirándome fijo, desafiante, moviendo lentamente la cola, con los pelos erizados. Me paralicé. El pánico detuvo mis intentos por hacer algo. Sentí ganas de gritar y no pude.

Volvió a sonar el teléfono. Dudé. Extendí el brazo en cámara lenta. El cable se estiró. Apoyé con cautela mi oreja sobre el auricular. Una mezcla de voces llorosas me suplicaban que corriese al gato de en medio de las lechuzas.